
EL DRAMA DE LAS “DOS CULTURAS”.
UN CASO DE IRRESPONSABILIDAD
EPISTÉMICA

JULIÁN PACHO

Las vehementes invocaciones a favor de la interdisciplinariedad forman parte de los lugares comunes más concurridos por las filosofías interesadas en subrayar la responsabilidad cultural del conocimiento. Este hecho denuncia, a la vez, una carencia y el malestar cultural que esa carencia acarrea.

I. La interdisciplinariedad formaría parte de las virtudes epistémicas que hoy se echan en falta. A la par, se recuerda con nostalgia aquellas épocas de la historia del conocimiento, previas a la especialización contemporánea del saber, en las que la repartición, primero formal y después institucional, del trabajo intelectual no había establecido cesuras fuertes entre la formación del humanista y la del naturalista, entre ciencias humanas y ciencias naturales, de suerte que no se podía ser experto en lo uno sin serlo en lo otro.

El actual estado de cosas ha sido diagnosticado por C. P. Snow (1959) como el síndrome de las “dos culturas” (2C). La expresión designa la escisión de la cultura en dos, la humanista y la científica, con estilos e intereses diferentes, objetivados en el citado reparto del trabajo intelectual. Una de sus consecuencias es la sanción sociocultural del mutuo desconocimiento, esto es, la respectiva exención de responsabilidades epistémicas sobre la “otra” cultura.

La escisión adquiere a veces versiones socioculturales grotescas. El hecho, frecuente en los medios de comunicación, de que las noticias sobre ciencias naturales se agrupen bajo la rúbrica “ciencia”, mientras que la rúbrica “cultura” cubre noticias de moda, cine, cocina, literatura y filosofía. También tiene manifestaciones más severas, como el frívolo desprecio que ciertos círculos supuestamente humanistas exhiben frente a la ciencia. Un autor tan poco sospechoso de excesos científicos como es H. Blumenberg (1989, 11) ha creído necesario advertir: “Todo desconocimiento del insuperable servicio de la ciencia moderna para la vida humana me parece monstruoso, y despreciable toda coquetería con su desprecio”.

Ciertamente, la arrogancia humanista frente a la ciencia es una de las consecuencias más funestas de esa escisión en el seno de la cultura, pues no puede separarse del convencimiento de que *la* cultura, la gran Cultura, es algo que dignifica a las sociedades humanas al margen de la ciencia, cuando no incluso a pesar de ella. Ser culto es, según esto, albergar

Departamento de Filosofía, Universidad del País Vasco, España. / julian.pacho@ehu.es

conocimientos propios de las “ciencias humanas” o “ciencias del espíritu” (*Geisteswissenschaften*). Ahí se cultivaría el espíritu, la cultura, no en las ciencias naturales. De ese convencimiento se sigue que, aunque nadie negaría que la ciencia sea un subconjunto relevante de la cultura, el término “cultura” se reserve para designar la cultura humanista y “ciencia” para las ciencias naturales; como si las ciencias humanas no fueran ciencia o la ciencias naturales no formaran parte de la cultura. A los sujetos históricos se les coloca entonces ante este dilema: Aquí la cultura; ahí la ciencia. ¡Decídetes!

Este falso dilema es especialmente sorprendente cuando halla amparo en círculos filosóficos, pues ninguna actividad teórica, desde los Presocráticos, ha sido más militante que la filosofía en la exigencia de conocimiento amplio y riguroso, justamente como condición necesaria de una cultura digna y justa.

II. La reacción crítica frente a la dual cultura 2C se hace visible en programas como la “tercera cultura” (Brockman 1996). Pero la lectura de sus textos muestra cuán lejos estamos de poder superar las dificultades conceptuales y los prejuicios culturales heredados a la vez del dualismo epistemológico de 2C y de sus correlatos ontológicos. Pues tras la escisión en dos formas diferenciadas de cultura, manifestada y reforzada por la cesura fuerte entre ciencias naturales y ciencias humanas, no sólo se hallan asépticos distingos metodológicos como el diltheyano par *Erklären-Verstehen*. El diagnóstico weberiano de la *Weltentzauberung*, que habrían acarreado las ciencias “duras”, tan bien recibido por una de las 2C, sugiere una reparación tanto metodológica como ontológica de los daños ocasionados por dicho desencantamiento del mundo. O. Marquard (1986) ha inferido de ahí que la tarea de las ciencias humanas es compensar esos daños, a fin de que el estudio de la naturaleza no agoste al espíritu, i. e., a la cultura. Por razones especiales, aunque equivalentes en el fondo, buena parte de la antropología cultural del siglo veinte (Brown 1991) se ha regido por el lema: *Omnis cultura ex sola cultura*. Sería difícil encontrar una fórmula más pregnante y concisa para expresar el síndrome de 2C.

Es una desafortunada circunstancia para los defensores de ese lema que la única vía para no sustraerlo a cualquier *stress test* de racionalidad es precisamente acceder al conocimiento del que reniega. Esta circunstancia revela que las culturas no sólo son responsables del conocimiento que albergan, sino también de lo que activamente deciden ignorar. Esto último conforma tanto a las culturas como el conocimiento del que disponen. Basada en el desconocimiento mutuo, la cultura 2C representa un caso flagrante de irresponsabilidad epistémica, pues está viciada de endogamia sistémica.

III. Cada cultura exhibe entre sus rasgos distintivos no sólo ciertos conocimientos, sino también una *Culture of Knowledge* propia (Doyle 1996). La expresión “cultura-del-conocimiento” es aquí un genitivo objetivo. Desig-

na el conjunto de presuposiciones tácitas o normas explícitas de una cultura que determinan lo que interesa conocer y la forma de validarlo. Designa, en consecuencia, una forma de gestionar el conocimiento y, por extensión, una determinada *cultura-de-la-cultura*.

Las fronteras entre culturas no las perfilan sólo las creencias acerca del mundo y las normas estéticas y morales vigentes en cada una de ellas, sino también, si no en primer lugar, cómo adquieren y justifican, cómo incluyen o excluyen creencias y normas.

La forma en que una cultura gestiona el conocimiento es la forma en que asume (o elude) responsabilidades epistémicas. Lo sepa o no, toda cultura contrae determinadas responsabilidades o compromisos epistémicos. El compromiso epistémico de una cultura se objetiva en implicaciones conceptuales (compromisos ontológicos, criterios de verdad, etcétera), así como axiológicas y técnicas o materiales. La cultura que asume estas implicaciones expresamente, que las evalúa y que las tiene en cuenta en los diseños de política cultural, posee buenas virtudes epistémicas; la cultura que ignora sus compromisos epistémicos es irresponsable en esos términos. La virtuosidad epistémica se sedimenta, en suma, en la asunción sociocultural razonada de sus compromisos epistémicos, esto es, de las implicaciones teóricas y prácticas de lo que sabe. Y lo que una cultura sabe es el resultante de sus decisiones sobre qué y cómo conocer, y también lo que decide ignorar y por qué.

IV. Dado que la cesura entre las “dos culturas” separa dos formas distintas de adquirir y justificar el conocimiento, también distingue dos paradigmas de la (buena o deseable) cultura. El programa denominado la “tercera cultura”, tiene como finalidad tender puentes entre las ciencias naturales y humanas, dando lugar así a una nueva cultura de la cultura. De momento, este programa se limita a intentar articular de forma congruente los conocimientos disponibles en ambos mundos.

Tal programa no puede estar sustentado por una mera *amicalis compositio*. Tampoco conmina la superación de la cultura 2C a optar por un monismo metodológico primario. La irresponsabilidad epistémica de la cultura 2C no se evita despreciando las ciencias naturales por superficiales ni desacreditando a las humanas por falta de rigor, pues la irresponsabilidad no proviene de vicios metodológicos consentidos. Proviene de haber creído posible u obligado gestionar el conocimiento, faltando al principio de *coherencia externa*.

Ahí, sí, la tolerancia de las ciencias humanas con la lesión de este principio es una irresponsabilidad de su parte. Cabe ciertamente aducir como atenuante que la alta especialización y el crecimiento exponencial de la ciencia contemporánea, inmersa en un estado de revolución permanente, hacen extremadamente difícil salvar la coherencia externa. Pero esta dificultad no puede servir de coartada para mantener el autismo, sino de acicate para evitarlo y analizar sus causas. Éstas no estriban sólo en opciones metodológicas. Como el ejemplo de la antropología cultural regida por el lema *omnis cultura ex sola cultura* muestra, la etiología del

desentendimiento respecto de la otra cultura remite a opciones y prejuicios ontológicos. Lamentablemente, estos prejuicios se endurecen tanto más cuanto más se desconoce lo que por higiene epistémica convendría conocer.

V. Cabe inferir de lo que precede, que toda cultura lleva inherente una cultura-de-la-cultura, por la que contrae compromisos epistémicos, en tanto cualquier forma de cultura no es compatible con cualquier forma de conocimiento. La cultura ignorante de sus responsabilidades epistémicas es una cultura irresponsable.

Dado que la cultura contemporánea se ha comprometido de forma eminente con el tipo de conocimiento sedimentado en las ciencias naturales y humanas, tiene también la responsabilidad cultural de procesar cuestiones como por qué ha optado por ese tipo de cultura-de-la-cultura; qué consecuencias intraculturales ha tenido esa opción; qué tipo de cultura-de-la-cultura se está en adelante dispuesta a promover.

Este sucinto listado muestra que la cultura 2C no es irresponsable por haber aceptado la vigente repartición del trabajo, sino porque esta repartición ha servido de coartada para eludir responsabilidades, pues es evidente que una gran parte de los problemas explicativos y normativos implicados en esas tres cuestiones son competencia de las ciencias humanas (Pacho 2012). De suerte que las culturas que no promovieran este encargo de las ciencias humanas serían ellas mismas epistémicamente irresponsables.

Ahora bien, esa tarea no puede ser llevada a cabo de forma responsable sin hibridación con el saber disponible en otros ámbitos del conocimiento. Como queda dicho, la responsabilidad epistémica sobre lo que se acepta incluye también la responsabilidad sobre lo que se decide ignorar. Sin duda, la ignorancia mutua es el lado más oscuro e irresponsable de la cultura 2C, ya que, además de no utilizar los recursos disponibles y explotar las previsibles sinergias, crea espacios autoinmunes proclives al autismo, a la endogamia y al dogmatismo.

REFERENCIAS

- Blumenberg, H. (1989), *Die Lesbarkeit der Welt*. Frankfurt: Suhrkamp.
Brockman, J. (ed.) (1996), *The Third Culture*. NY: Simon & Schuster.
Brown, D. E. (1991), *Human Universals*. NY: McGraw.
Doyle McC., E. (1996), *Knowledge as Culture. The New Sociology of Knowledge*, London: Sage.
Marquard, O. (1986), *Apologie des Zufälligen*. Stuttgart: Reclam.
Pacho, J. (2012), "Responsabilidad epistémica, responsabilidad cultural", *Daimon* (accepted).
Snow, C. P. (1959), *The Two Cultures*. London: Sage.